

También piensan

EDITORIAL

L

a infancia y la adolescencia son un verdadero «patrimonio de la Tierra». Tiene un enorme valor porque contiene la posibilidad de que la vida humana continúe. Un buen ejemplo de ello lo vimos en el mes de marzo, cuando se produjo una acción mundial promovida por gente muy joven. ¿Se acuerdan de la jovencita sueca Greta? Convocó una huelga escolar por el clima, llegando a mover millones de personas en todo el mundo. En esa ocasión nos dimos cuenta de que los adolescentes tienen su propio punto de vista, bastante bien razonado, y al igual que los adultos, también hacen cosas con las que cambian y mejoran el mundo.

Lo que fácilmente se nos pasa por alto es que esta gente tan joven, además de hacer cosas, también piensa. Piensa de manera distinta a los adultos, pero piensa. No hay que esperar a hacerse adulto para empezar a pensar. El pensamiento es una actividad fundamental en todo ser humano, incluidos los niños y los adolescentes. Ahora bien, nuestra civilización, como las precedentes, adora la infancia, incluso a veces la idolatra, pero no conoce, y en consecuencia no aprecia, lo que piensa sobre el mundo. Estamos tan ocupados en adorar a nuestros niños que no tenemos tiempo de preguntarles que piensan sobre nuestro mundo.

Últimamente esta gente tan joven está tomando la palabra, y sus intervenciones se difunden por las redes sociales, para exponer sus ideas sobre economía, política, medio ambiente... Viven en el mismo mundo que los adultos, pero lo ven de otro modo y por tanto piensan de manera distinta. Pero su pensamiento no incide en el tiempo presente, como tampoco lo hizo en épocas pasadas. Si se les hubiese escuchado, hoy tendríamos un mundo bien distinto, más justo, más sostenible, más humano.

En el siglo pasado el pensamiento femenino accedió a la esfera pública e hizo que algunas cosas cambiaran. Quizás el siglo XXI sea el que dé protagonismo al pensamiento de los más jóvenes.

